

Incongruencias y fábulas sobre la conquista de Hispania en 711

*Eduardo Escartín-González, Francisco Velasco-Morente, Luis González-Abril
Universidad de Sevilla*

Introducción

Herodoto es considerado el padre de la Historia. Pero, de inmediato surge una cuestión al leerlo, a saber: cómo pudo narrar asuntos con pelos y señales; así, las conversaciones de los reyes con sus visires y generales, cuando los sucesos acaecieron mucho antes de él escribirlos. Está claro que Herodoto recoge la tradición oral transmitida de generación en generación, por décadas. La fiabilidad de esos informes es nula, porque se sabe que cada transmisor añade algo de su cosecha personal, de modo que, al pasar por varias bocas, del suceso real al recogido en último lugar media un gran trecho. Incluso un mismo suceso, una batalla, contado por ambas partes resulta que los dos contendientes resultaron vencedores. La gente es muy crédula y suele ser acrítica por reflexionar poco. Lo de tragarse bolas es más corriente de lo que parece (obsérvese la acogida ciega de la gente con lo dicho por los dirigentes populistas, los salvadores de la patria).

El ejemplo de Herodoto fue seguido posteriormente, de forma que, con retazos de aquí y de allá, se componía, como si de un centón se tratara, la narración histórica. Pasado un tiempo, ésta acaba consolidándose como si fuera la única verdad, y si aparecen nuevos datos es habitual su interpretación para ajustarlos a la versión oficial. En realidad, los historiadores cuentan, y son los creadores del género literario de la novela histórica.

¡Hay de aquél que se atreva a ir contra lo establecido! Antiguamente se le acusaba de superchería (caso de Pedro del Corral, con su *Crónica sarracina* del siglo XV), y ahora se le tilda de fascista (como a Olagüe por su *Les arabes n'ont jamais envahi l'Espagne*). Se exceptúa de esto el disfraz de novela histórica, desde que Pérez Galdós la dignificó y deslindó nítidamente de la narración histórica.

Los hechos de la mal llamada invasión árabe de España no escapan de ser relatos cuentistas, porque, como los de Herodoto, se recogieron bastante después de ocurridos

los eventos. Su transmisión oral los deformó y les aportó fábulas; como las anécdotas de conversaciones y cartas cruzadas entre personajes, así como sus sueños y pensamientos, sin existir documentos originales firmados fehacientemente por el propio personaje (lo que es propio de novelas). Sobre esta invasión abundan los relatos, muy posteriores, pero, sobre una parca base común, de ideología y fuente desconocidas, unos copian a otros con aportes personales del nuevo redactor; de ahí que haya tanto absurdo introducido, además de disparidades en detalles y en nombres propios de personajes y lugares.

Cada vez va ampliándose el número de escritores que aprecian discordancias entre las diferentes versiones de dicha invasión y se atreven a ser críticos. Tal postura no es de ahora; tuvo precursores, como Piles¹, quien ve que no cuadran las fechas de la violación de la hija de Julián y la represalia de éste, pues «la venganza es anterior al agravio». Algunos autores ven carencias de lógica en la ilación de ciertos relatos, o anacronismos (como ponerse de pie sobre los estribos de la montura para arengar a las tropas en el año 711, cuando aún no se usaban). Gómez Barceló² repara en las fábulas y sagazmente afirma: «Si esto fuese historia, no dejaría de ser novelesco. Pero si es literatura, ocupa demasiadas páginas en la historia». Algunos ejemplos de divergencias e inconsistencias se hallan en las revistas *Aljaranda*, nº 81, *Al-Qantir*, nºs 10 y 11 y en *Historia 16* nº 156³. También despierta interés el artículo de Albarrán⁴.

Las primeras crónicas conocidas del fin del reino visigodo, la *Crónica bizantina-arábiga* del 741 y la *Crónica mozárabe* de 754, dan escuetamente la noticia, la segunda casi copiada de la primera. En esencia dicen que en el reinado de Hulit (Walid) su general Musa invadió y sometió el reino de los godos en Hispania, quienes quedaron súbditos suyos. La segunda amplía los sucesos posteriores a la invasión, también sucintamente, pero con la pequeña dilatación informativa ya surgen ciertas fallas en la credibilidad. Las explicaciones simples, como si se tratara de un caso de la navaja de Okham, son las más probables, porque los que luego añaden complementos y desean dar racionalidad al relato introducen incongruencias que desvirtúan los sucesos (turpitud comentada por Codera⁵).

¹ PILES IBARS, Andrés. **Valencia árabe**, Valencia, Imprenta Manuel Lafuente, 1901.

² GÓMEZ BARCELÓ, José Luis. “La aventura transfretana del 711”. *Aljaranda*, nº 81, pp. 54-55.

³ VALLVÉ, Joaquín, GRAU, Manuel, y VERNET, Juan. “La invasión Árabe de España”. *Historia 16*, Num. 156, 1989, pp. 45-67.

⁴ ALBARRÁN IRUELA, Javier. “Dos crónicas mozárabes, fuentes para el estudio de la conquista de al-Ándalus”. *Revista Historia Autónoma*, 2, 2013, pp. 45-58.

⁵ CODERA ZAIDÍN, Francisco. “El llamado conde D. Julián”. In *Estudios críticos de historia árabe española*. Zaragoza, Tip y Lib. de Andrés Uriarte, 1903.

En este artículo no se pretende buscar una lógica a lo que ocurrió, porque es imposible al no haber datos fidedignos; todo lo que se haga en este sentido son especulaciones, de las cuales ya hay demasiadas. Solo se procura reunir unas cuantas de las oscuridades y fabulaciones existentes en las diversas narraciones de aquel acaecimiento tan lejano y tan desconocido, que mueven a reflexión. Quizás sirvan de base para ser aclaradas por los aficionados a ello sin incurrir en otras nuevas.

Estado de la cuestión: La incursión procedente de África

Los relatos más próximos a la irrupción de gente africana en España datan de muy pocas décadas después de los acontecimientos, por lo que son más fiables, siempre y cuando se suponga que son imparciales (lo cual, de por sí, es ya un serio problema). Se trata de la *Crónica bizantino-arábiga* de 741 y la *Crónica mozárabe* de 754.

La primera de ellas, editada en latín por Florez⁶ y en la versión de su traductor Blanco⁷ sólo hace una breve alusión a la conquista árabe de España, que se reproduce:

Hulit [el califa Walid]... También en las partes occidentales subyugó el reino de los godos en Hispania, afirmado por una antigua solidez, acercándose por medio del general de su ejército de nombre Musa y una vez sometido el reino impuso tributos. Así llevando prósperamente todas las cosas, en el noveno año del reino, dio el término de la vida, exhibiéndose a él tropas previstas de todos los pueblos.

La segunda de ellas, editada en latín por Florez⁸ y en parte por Lafuente como Apéndice (véase nota 26) y traducida por Martínez de Escobar⁹ y por López Pereira¹⁰, aun sin ser tan telegráfica como la anterior, tampoco se explaya demasiado. Dice lo siguiente:

[Durante el reinado de Witiza] toda España entregada a una alegría excesiva se regocija sobremanera [...]

También en las regiones occidentales, habiendo dispuesto [Ulit] un ejército bajo las órdenes de uno de sus generales llamado Muza, conquistó el reino de los godos que

⁶ FLOREZ, Enrique. Apend. X. In *España Sagrada*, Tomo VI. Madrid, Antonio Marín, 1751, p. 422.

⁷ BLANCO SILVA, Rafael. “Una crónica mozárabe a la que se ha dado en llamar *Arábigo-Bizantina de 741*: Un comentario y una traducción”. *Revista de Filosofía*, 17, 1999, pp. 153-167.

⁸ FLOREZ, Enrique. “*Isidori Pacensis Episcopi Chronicon*”. In *España Sagrada*, Tomo VIII, Madrid, Antonio Marín, 1752, pp. 274-317.

⁹ MARTÍNEZ DE ESCOBAR, Teófilo. “Crónica de Isidoro, obispo pacense”. In Internet: <https://www.dropbox.com/s/nunuxmfep97smeu/Moz%C3%A1rabes.pdf> (consulta el 28/04/2016).

¹⁰ LÓPEZ PEREIRA, José Eduardo. “Crónica mozárabe de 754” In Internet: <http://webs.advance.com.ar/pfernando/DocsIglMed/cronica754.htm> (consulta el 28/04/2016).

había permanecido en su antigua solidez casi por espacio de trescientos cincuenta años, contados desde su origen y principio en la era 400 [362], y pacíficamente extendido por todas las Españas en ciento cuarenta años desde Leovigildo hasta la era 750 [712] en que fue destruido el reino y hecho tributario.

En su tiempo, era 749 [711], cuarto año de su imperio y 92 de los árabes, cumpliendo Ulit el quinto de su reinado, Rodrigo se apodera tumultuosamente del cetro, alentándole el senado. Ocupa el trono solamente un año, pues habiendo reunido un ejército contra los árabes y moros enviados por Muza, que eran Taric Abuzara y los demás que hacían frecuentes correrías por la demarcación que les había sido encomendada, e igualmente devastaban muchas ciudades en el año quinto del imperio de Justiniano, 93 de los árabes y sexto de Ulit, en la era 750 [712], habiendo atravesado las montañas, se vio obligado a pelear con ellos. Y murió en esta batalla, huyendo todo el ejército de los godos que, movidos por la ambición del reino, envidiosa y fraudulentamente habían venido con él. De este modo perdió desgraciadamente el trono y la patria con la muerte de los envidiosos, en el año sexto del reinado de Ulit. [...]

En su tiempo, era 749 [711], año cuarto de su imperio, 92 de los árabes y quinto de Ulit, mientras España era devastada por los que habían sido enviados, según hemos dicho antes, y mientras terriblemente era afligida, no sólo por el encono de los enemigos, sino también por los disturbios intestinos, el mismo Muza, trayendo la gente más miserable para arruinar a la que ya antes había sido vilmente saqueada e inhumanamente acometida, se dirige por el estrecho gaditano a las columnas de Hércules, que derechamente encaminaban y señalaban la entrada de un puerto por un indicio como de humo, bien como si tuviesen en su mano llaves que acertasen o abriesen la entrada de España. Penetrando violentamente hasta Toledo, la capital, y azotando con una paz engañosa las comarcas circunvecinas, por causa de Opas, hijo del rey Égica, que sale huyendo de Toledo, hace sufrir la última pena en un patíbulo a algunos nobles ancianos que habían permanecido allí, y por disposición suya degüella a muchos. De este modo arrasa con la espada, el hambre y la cautividad no solamente la España ulterior, sino también la citerior hasta más allá de Zaragoza, ciudad muy antigua y opulenta, abierta tiempo hacía por evidente juicio de Dios. Arruina hermosas poblaciones, entregándolas al incendio, condena al suplicio a los ancianos y a los potentados, mata a puñaladas a los jóvenes y niños de pecho, e

infundiendo de esta manera en todos el terror, las ciudades restantes se ven obligadas a pedir la paz, y las engaña seduciéndolas y burlándolas con la astucia. Sin tardanza acceden a sus exigencias, pero conseguida la paz, se vuelven atrás temerosos y menospreciados, huyen de nuevo a las montañas, donde se ven expuestos al hambre y a todo género de muerte. Así pues esta misma desgraciada España, en la noble ciudad de Córdoba, que siempre fue la más opulenta entre todas las ciudades vecinas, y que formaba las principales delicias durante el imperio de los visigodos, establecen el trono de una dominación cruel. [...]

Un tal llamado Teodomiro, en algunas partes de España, les había hecho sufrir a los árabes pérdidas de consideración. Y después de haberlos molestado durante mucho tiempo, pactó con ellos las condiciones de una alianza duradera. Ya en tiempo de los reyes godos Égica y Witiza había conseguido en su patria la palma de la victoria, peleando contra los griegos en un combate naval. Por esta causa obtenía mucha distinción y honor, siendo alabado extraordinariamente hasta por los cristianos orientales, que descubrían en él una firmeza tan grande en la verdadera fe que a todos les movía a tributar muchas gracias a Dios.

§42 *Per idem tempus in Æra DCCLIII. anno imperij ejus IX. Arabum XCVII. Abdallaziz omnem Hifpaniam per tres annos sub censuario jugo pacificans, cum Hispali divitiis & honorum fascibus cum Regina Hispaniæ in conjugio copulata, filias e Regum ac Principum pellicatas, & imprudenter distractas æstualet,* (Abd al-Aziz pacificó toda España en tres años, bajo el yugo de un tributo. Después de dejar sin riquezas y puestos de honor a los Hispalenses, tomó también a la Reina de España, a quien se unió por esposa y a las hijas de los reyes y príncipes a quienes tomaba por concubinas y luego enseguida repudiaba). Fue eventualmente asesinado bajo el consejo de Ayub y por una revuelta de sus propios hombres mientras estaba haciendo la oración. Luego que Ayub tuviera el control de España por un mes entero, Al-Hurr lo sucedió en el trono de Hesperia por orden del príncipe, que fue informado de la muerte de Abd al-Aziz de la siguiente manera: que bajo el consejo de la Reina Egilona, esposa del antiguo rey Don Rodrigo con quien se había unido, había tratado de retener el reino de Iberia para sí mismo.

Cabe reflexionar que el autor de esta crónica, siendo clérigo, pase de puntillas sobre el comportamiento de Witiza, pues es imposible que lo ignorara; no obstante veladamente,

alude a la conducta lasciva que en todo el reino fomentó Witiza. El segundo párrafo es casi idéntico al de la anterior crónica. Los demás son ampliaciones *ex novo*.

Se presenta a un Rodrigo alzándose con el poder, y que tras un lapso considerable, pues los invasores tienen tiempo de realizar frecuentes correrías y devastar muchas ciudades, marcha hacia los enemigos, que siguen correteando por la zona del desembarco, como si estuviera densamente poblada, y sólo cruzan unas montañas. Se entabla la lucha, siendo el godo vencido por la huída de sus tropas movidas por la ambición y la envidia. Los fraudulentos ambiciosos debían de obtener más desertando que luchando, quizás por haber pactado el pago de la traición con el enemigo; pero, como a los asesinos de Viriato, no les sirvió de nada, puesto que los envidiosos traidores recibieron la muerte.

Luego se explica cómo se sometió a la población: empleando la crueldad para sembrar el terror y obligar a pactar la rendición, cuyos acuerdos se incumplían sistemáticamente por los alógenos, induciendo a los autóctonos a escapar al monte. No obstante, al bravo Teodomiro, pese a haberles infligido graves pérdidas, le aceptan un pacto, que guardan fielmente en este caso. También se informa que los godos vencieron a los griegos en combates navales, lo que introduce la extrañeza de la inactividad de la flota hispánica en la protección del Estrecho (pues los godos tendrían que conocer el intento frustrado de invasión durante el reinado de Wamba y las hazañas agarenas en la toma de Tánger).

Por último se informa que ‘Abd al-‘Aziz (el hijo de Muza) pretendía hacerse rey del país y que observó una conducta lujuriosa, como la de Witiza, teniendo por concubinas a las hijas de los reyes y nobles. Discretamente Mariana¹¹ dijo que ‘Abd al-‘Aziz «forzó muchas hijas de los principales».

El estado de la cuestión se complica en cuanto se tienen en cuenta otras crónicas posteriores, más alejadas del acaecimiento conquistador, del orden de un siglo o algo más, pero basadas, según indicios, en otras crónicas de las que hay constancia aunque estén desaparecidas. Muy reveladora es la crónica sebastianense, o «Crónica de Alfonso III»¹². Aquí se halla la noticia de la invasión sarracena abortada en época de Wamba:

§3. Illius namque tempore ducentae septuaginta ñaues Sarracenorum yspaniae littus

¹¹ MARIANA, Juan de. **Historia General de España**. In *Biblioteca de Autores Españoles, Obras del Padre Juan de Mariana*, Tomo I, Madrid, Ribadeneyra, 1854.

¹² GARCÍA VILLADA, Zacañas (ed.). **Crónica de Alfonso III**, versión en latín, Madrid, Rivadeneyra, 1918. Hay traducción al español conocida como “Un cronicón del siglo IX” en **Semanario Pintoresco Español**, núm. 22, 1854, pp. 169-173.

sunt adgressae; ibique omnia eorum agmina ferro sunt deleta, et classes eorum ignibus concrematae. (En aquel tiempo llegaron á las riberas de Hispania doscientas setenta naves de los sarracenos; y todos ellos fueron muertos con el hierro de las armas, y aquellas cremadas por el fuego).

Otros informes de interés de esta crónica son los siguientes:

§6. Después de la muerte de Egica, Witiza fue ensalzado al solio de su padre en Toledo. Fue de costumbres malvadas y perversas, y cual un caballo ó un mulo sin reflexión, se entregó al vicio con muchas mujeres y concubinas, menospreciando las censuras eclesiásticas. Disolvió los concilios, cayeron en inobservancia los cánones (destruyó todas las costumbres religiosas) y autorizó á los obispos, presbíteros y diáconos para que se casasen. Tales impiedades fueron la causa de la pérdida de Hispania: porque los reyes y sacerdotes, olvidando la ley del Señor, atrajeron sobre si el exterminio de la guerra, por medio de los sarracenos. Después de reinar diez años, murió naturalmente en Toledo, y allí fue sepultado. Era DCCXLVIII.

§7. Muerto Witiza, quedó elegido Ruderico por rey de los godos. Este llevó sobre sí los pecados y excesos de Witiza, y no solo no los estorbó con el celo de su justicia, sino que los aumentó. Los hijos de Witiza, poseídos de envidia, porque Ruderico había ocupado el trono de su padre, enviaron astutamente emisarios al África, pidiendo auxilios á los sarracenos, y para proporcionarles naves, con las que los introdujeron en Hispania. Mas estos que fraguaron la ruina de su patria, fueron justamente muertos con la espada de los sarracenos. Noticioso Ruderico de la entrada de estos, salió á combatirlos con todo el ejército de los godos. Mas la escritura dice: *En vano corre aquel á quien precede la iniquidad*: así, oprimidos por los pecados de los sacerdotes y los suyos propios, y engañados por los hijos de Witiza, huyeron todos los godos y fueron pasados á cuchillo. No es conocida la causa de la muerte del rey Ruderico: en nuestros tiempos cuando repoblamos la ciudad de Viseo y sus cercanías, se encontró en cierta basílica un monumento en que estaba escrito un epitafio que dice: *Aquí descansa Ruderico, rey de los godos*.

Esta crónica es bien simple: no se mete en disquisiciones, y, así, no hay incongruencias y gana en claridad. La esencia de esta crónica fue recogida, por cronistas ulteriores, y, siglos después por el padre Juan de Mariana en su *Historia General de España*, de amplísima difusión. Obsérvese que la vida licenciosa y libidinosa de Witiza, así como la disolución

de los concilios, es, en realidad, acorde con las costumbres arrianas, cuya poligamia es compartida con los musulmanes y los judíos, modo de vida considerado disoluto y lujurioso por el clero católico.

A finales del siglo XI, en otra crónica¹³ se atribuye a Witiza la violación de la hija de Julián, a la que se da el nombre de Oliba, ubicando la acción en Sevilla (Hispalis); la residencia habitual de Julián (que es llamado Urbano en la *Crónica mozárabe* de 754) era Tánger (y no Ceuta como figura en la mayoría de las crónicas).

La violación cometida por Witiza también se documenta en un manuscrito árabe del que informa Penelas¹⁴. Según ese texto, provenía la muchacha de Algeciras, y era hija del jefe de los barcos que, cargados de comerciantes y mercancías, cruzaban el Estrecho.

Ignorancia de la época

El desconocimiento de casi todo lo que atañe a los inicios del siglo VIII es tan supino, que hasta los nombres de algunos personajes y lugares de residencia difieren, y, además, no se sabe: a qué reino pertenecía el territorio africano del Estrecho de Gibraltar; si se usaban estribos; si los bereberes llevaban turbante; cuáles eran las urbes aledañas a la zona del desembarco; la morfología de la gente atacada; cómo eran las naves, o cuáles eran los puertos disponibles y su configuración.

Estos y otros detalles no son baladíes, porque sustentan las anécdotas y explicaciones, que si no se conocen con precisión, las narraciones de ciertos hechos dejan de serlo y se convierten en fábulas. Por lo que parece, han sido escasos los esfuerzos intelectuales aplicados a desvelar estas carencias de conocimiento, y hay «falta de análisis críticos», afirma Manzano¹⁵, aunque él aumenta las abundantes especulaciones sobre ello.

La zona tingitana estuvo en poder de los bizantinos, pero a principios del siglo VIII no se sabe si seguía en su poder o había pasado al de los godos. Se ha visto que éstos habían vencido a la escuadra griega, mas se ignora si esa victoria supuso la anexión de los

¹³ GONZÁLEZ MUÑOZ, Fernando (ed, y trad.). *Chronica gothorum pseudo-isidoriana*. A Coruña, Editorial Toxosoutos, 2000.

¹⁴ PENELAS, Mayte. “Novedades sobre el «Texto mozárabe de historia universal» de Qayrawan”. *Collectanea Christiana Orientalia* 1, 2003, pp. 143-161.

¹⁵ MANZANO MORENO, Eduardo. **Los relatos de la conquista de al-Andalus en las fuentes árabes: un estudio sobre su procedencia**, CSIC, Publicación Electrónica, Madrid, 2012.

territorios africanos allende el estrecho. Soto y Berenjano¹⁶ y Gozalves Bustos¹⁷, piensan que los árabes conquistaron Tánger a los bizantinos y no pudieron apoderarse de Ceuta, y su gobernador, al verse privado del refuerzo de Bizancio, pactó con el reino visigodo su aprovisionamiento y apoyo militar, a cambio de recibir su adhesión y su contención de los belicosos árabes. Otros autores creen que las dos orillas del Estrecho estaban ya en poder de los godos, y que tenían un conde gobernando en ambos lados. En el último manuscrito arábigo recién citado solo se comenta que un potentado algecireño poseía barcos dedicados al comercio con lugares al otro lado del Estrecho.

En todo caso el estrecho fue cruzado por los invasores sin ningún problema y sin tener la superioridad naval, contando tan solo con unos pocos botes. Los ejemplos históricos de los desembarcos de conquista muestran que se llevan a cabo con numerosos barcos ya desde la primera oleada. Por ejemplo, en la conquista de Ceuta por los portugueses en 1415 intervinieron del orden de doscientas naves y veinte mil soldados; y en la propia crónica antes referida se menciona que fue rechazada una potente flota árabe que se acercó a Hispania con intenciones aviesas. Recordemos el desembarco de Normandía y todos los que se hicieron en las islas del Pacífico durante la Segunda Guerra Mundial.

Al parecer, nadie duda sobre la religión cristiana de los pobladores de Tánger y Ceuta, incluso se afirma que lo eran los gomeres, pues tal era la practicada por los dominadores de la zona desde hacía tiempo. Ahora bien, es sabido que los dirigentes son minoritarios respecto a los autóctonos, los bereberes en este caso, que no se sabe si eran cristianos o paganos, pero, al contrario que sus homólogos del lado norte del Estrecho, no fueron reacios a abrazar el islamismo abjurando deprisa de sus antiguas creencias. ¡Curioso!

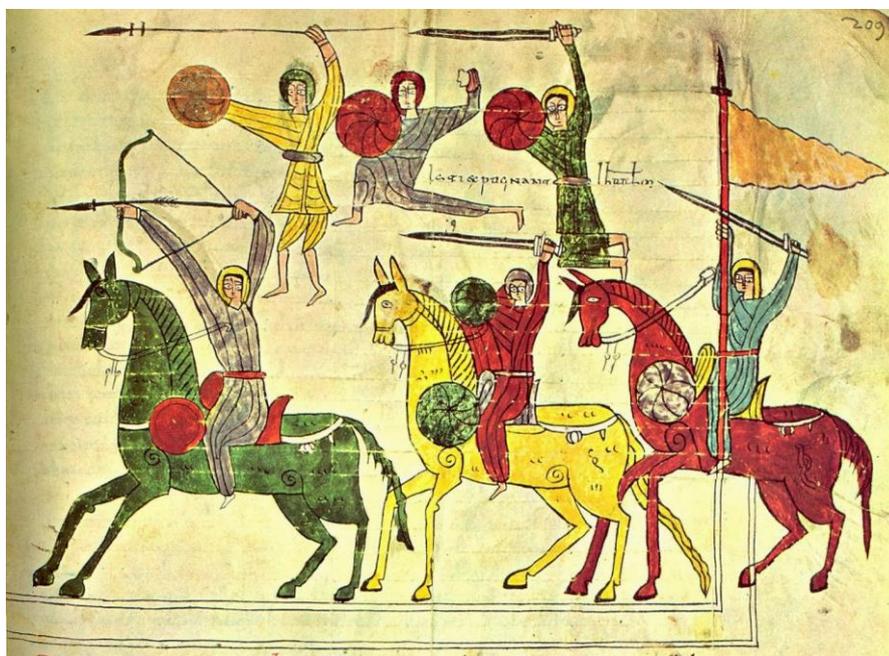
En cierto sitio se lee que el jefe de algún ejército, momentos antes de entrar en combate, arengaba a sus tropas, poniéndose de pie sobre los estribos de su montura, como traduce Conde¹⁸. Los expertos no establecen una fecha exacta para la introducción del estribo en Europa y Oriente Próximo. Se conocía desde hacía siglos, y, se dice que, procedente del este de Asia, ya lo usaban los ávaros cuando hacían correrías por Europa oriental. Pero

¹⁶ SOTO CHICA, José y BERENJENO, Ana María. “La última posesión bizantina en la Península ibérica: *Mesopotamenoí-Mesopotaminoí*. Nuevas aportaciones para su identificación”. In RODRÍGUEZ LÓPEZ, Rosalía (coord.): **Navegando en un mar sin orillas: el legado de Roma y Bizancio en el Sureste de Hispania**. Universidad de Almería, 2015, pp. 163-194.

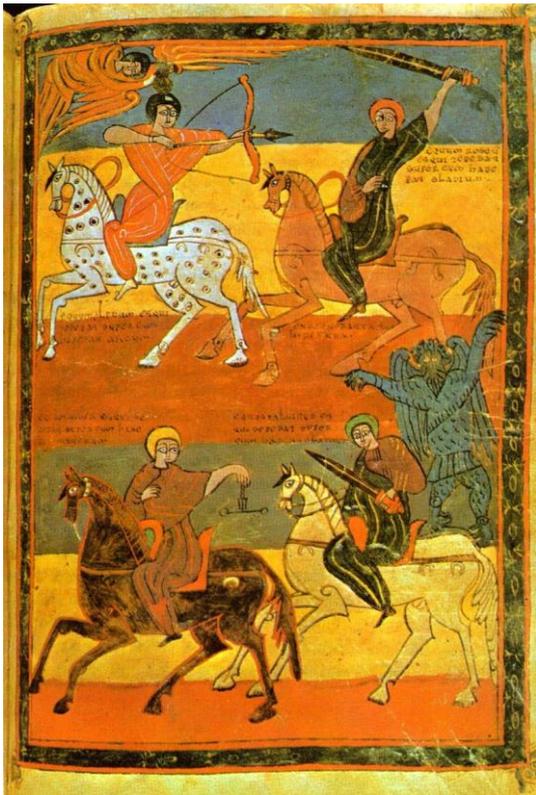
¹⁷ GOZALVES BUSTOS, Guillermo. “De la Ceuta bizantina a la Ceuta islámica”. **Cuadernos del Archivo Municipal de Ceuta**, N^{os} 6-7, Ayuntamiento de Ceuta, 1990, pp. 19-25.

¹⁸ CONDE, José Antonio. **Historia de la dominación de los árabes en España**, París, Editorial Europea, 1840.

no se generalizó su empleo porque era propio de afeminados, en unas épocas que eso constituía un gravísimo insulto: el jinete varonil debía hacer gala de mantenerse bien en su corcel y blandiendo con seguridad y apostura sus armas. Los pictogramas ayudan para corroborar esto. Por lo general los dibujantes no suelen tener en cuenta si incurren o no en anacronismos: pintan escenas antiguas según las costumbres de su era (*nunc pro tunc*), o, a veces, de acuerdo con su imaginación. Para ciertos aspectos, como el que nos ocupa, tal proceder es una ventaja, porque si en un grabado del siglo décimo aparecen caballeros cabalgando sin estribo, está claro que en ese momento, y en los anteriores, no se usaban; y, en efecto, en el Beato de la Seo de Urgel del siglo X aparece una ilustración de dos guerreros con espada y un tercero con un arco encima de sendos caballos y sin estribos.

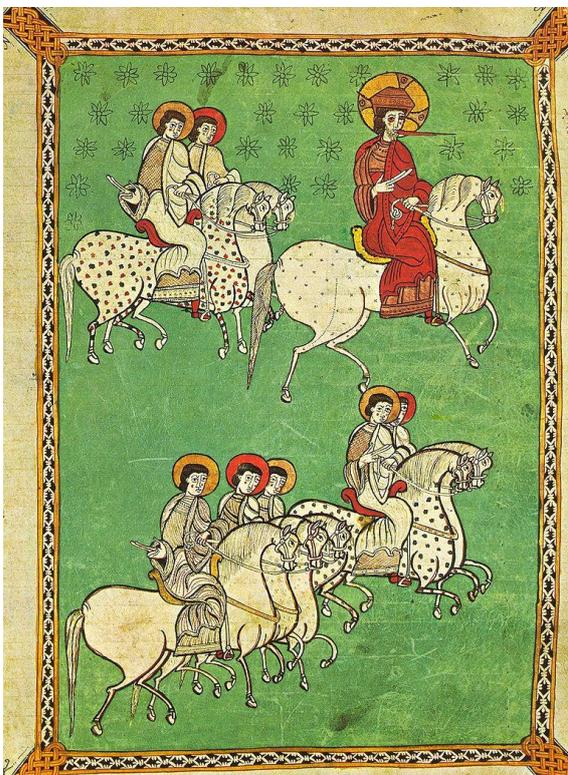


Beato de Urgel siglo X (sin estribos)



Beato de Valcavado del siglo X

Beato de Osma, siglo XI (con estribos)



En ilustraciones del siglo XI en adelante aparecen los estribos, pero colgando tan abajo que los jinetes parecen que van de pie (como si se montara a pelo, aunque con silla y

estribos). Así pues, no necesitaban los generales ponerse de pie sobre los estribos para arengar a la tropa, porque ya iban de esa forma, suponiendo que tenían estribos. Sin embargo, lo más lógico es pensar que a principios del siglo octavo todavía no se habían introducido; ni los megáfonos, porque resulta que el espiche lo dirigían a doce mil guerreros, en el caso de Taric, o a cien mil guerreros, en el caso de don Rodrigo.

Algo parecido ocurre con las ballestas, que tampoco se conoce exactamente cuando empezaron a usarse con asiduidad, aun siendo conocidas de antiguo. En algunas traducciones de la fábula del palacio clausurado con tantos cerrojos como reyes godos tuvieron su sede en Toledo, y que Rodrigo mandó abrir por si encontraba algún tesoro, se menciona la ballesta (mientras que en otras se dice arco), como una de las armas portadas por los personajes con turbante que someterían al reino visigodo luego que se abriera el arca donde se hallaba un pergamino en el que se representaban las figuras de los conquistadores. Dozy dice que una determinada palabra del árabe antiguo hay que traducirla por turbante. Dicha palabra es *âmaim*, según informa Fernández González¹⁹.

El turbante es mencionado para aquella época en *Al-hulal al-mawsiyya*, obra anónima²⁰, el cual, procedente de la Península Arábiga fue extendido por los beduinos en las zonas desérticas de África, de modo que hoy todavía lo usan los saharauis, y un pliegue del turbante, que se pasa por debajo de la barbilla, se aprovecha para taparse la cara hasta los ojos con la finalidad de protegerse del sol y del polvo del desierto levantado por las tormentas de arena. Dicha forma de velar el rostro es reseñada hacia finales del siglo XI por el sevillano Ibn ‘Abdūn²¹, como algo propio de los almorávides en exclusiva, que eran beduinos saharauis, y que, por ser los nuevos gobernantes, nadie debía imitar.

Esto último significa que en al-Andalus el turbante, en el hipotético caso de ser usado por árabes, solo servía para cubrir la cabeza. Los marroquíes de hoy no lo emplean, por lo que surge la duda de si los bereberes al comienzo del siglo VIII lo vestían. Los árabes dominadores seguramente lo llevaban, ya que provenían de los beduinos árabigos, pero en los ejércitos que formaban ni se notaba que había árabes debido a la escasa cuantía de

¹⁹ FERNÁNDEZ GONZÁLEZ, Francisco (trad.). **Historias de al-Andalus por Aben Adhari de Marruecos**, Tomo 1º, Granada, Imprenta de Francisco Ventura, 1860.

²⁰ HUICI MIRANDA, Ambrosio (trad. y ed.). *Al-hulal al-mawsiyya*. In **Colección de Crónicas árabes de la reconquista**, Tomo I, Tetuán, Editora Marroquí, 1952.

²¹ IBN ‘ABDŪN- *Risāla fī qadā’ wa-l-ḥisba* (*Tratado de la judicatura y de la hisba*). Versión en español de LÉVI-PROVENÇAL, Évariste y GARCÍA GÓMEZ, Emiliuo: **Sevilla a comienzos del siglo XII: El tratado de Ibn Abdūn**. Moneda y Crédito, Madrid, 1948.

su contingente, pues los miles y miles de combatientes, con la excepción de apenas una decenas, eran bereberes, que deberían vestir con su indumentaria habitual. De hecho, en la Península Ibérica sus aborígenes a los invasores los llamaron moros (del latín *mauri*) y no árabes. O sea, lo del pergamino y las figuras con turbante y la leyenda que los ahí representados conquistarían el reino visigodo, tiene todas las trazas de ser una novela para consumo de árabes. No empece que éstos fueran los destinatarios de la historieta para que los cristianos la asumieran sin objeción, como sucedió con el docto Jiménez de Rada²², que, hacia mediados del siglo XIII, transcribe la fábula, pero, a falta de nombre, con la expresión de cubrir la cabeza con cintas. Aprovechamos la ocasión para indicar que Jiménez de Rada también recoge la noticia de la rijosidad de Witiza: «dio rienda suelta a su libidinosidad, contagiando de sus porquerías al clero y al pueblo, y ordenó al clero que tuviera abiertamente cuantas mujeres y concubinas quisieran».

Las urbes colindantes a la región del desembarco cobran protagonismo al ser las que proporcionan un cuantioso botín a los invasores iniciales, que incita a otros paisanos a aventurarse en nuevas correrías. La región del desembarco es, en realidad un enigma, unos suponen que es la del Estrecho de Gibraltar, dada su proximidad a Ceuta y Tánger, y otros opinan que es la de Cartagena, dada su cercanía a la albufera de La Manga del Mar Menor, que es la supuesta localización del *Wadi Lakka*, el lugar de la mítica batalla donde quedó aniquilado el ejército godo (en competencia con la Laguna de la Janda, término municipal de Tarifa, en las inmediaciones del Estrecho de Gibraltar). De todo esto no se sabe nada, pues incluso se opina que la batalla se dio en el río Guadalete, bastante más al oeste de la Laguna de la Janda, actualmente desecada.

En el supuesto, que más partidarios tiene, de ser la zona del Estrecho de Gibraltar la del desembarco, resulta que entonces casi no había ciudades e incluso deprimidas por haber perdido su florecimiento industrial y comercial. Escasamente pobladas estaban Carteia (cuyas ruinas están en el término municipal de San Roque), Algeciras (Iulia Traducta o Porto Albo), y Mellaria (Tarifa). Las dos primeras en la Bahía de Algeciras y la tercera, al suroeste. La antiguamente famosa y próspera Baelo Claudia (más al oeste de Tarifa) ya había desaparecido. Probablemente también habría alquerías, quizá Facinas, al norte de Tarifa, para esquilmar los recueros ganaderos, agrícolas, forestales y mineros. Las pesquerías tan renombradas en la antigüedad, al parecer, ya no se explotaban.

²² JIMÉNEZ DE RADA, Rodrigo. **Historia de los hechos de España**, Madrid, Alianza Editorial, 1989.

La comarca, por lo tanto, no podía proporcionar un botín tan rico como cuentan las crónicas árabes. Excepción debía ser la captura de esclavos, que eran de gran apostura. Es evidente que aprisionar seres humanos para venderlos o servirse de ellos, y sin contar con su hermosura, siempre fue un pingüe negocio, aunque se valoraba mucho más la belleza física en el caso de las mujeres sobre todo. Ahora bien, conviene tener en cuenta algo que es observable, y es que las poblaciones mal nutridas y agobiadas con trabajos físicos, salvo contadísimos casos, no se distinguen por generar especímenes humanos bellos. Solo hay que examinar los archivos fotográficos de personas procedentes de áreas rurales, mineras o industriales, hasta mediados del siglo XX en España, por ejemplo, para percatarse de la veracidad de esa aserción: los humanos guapos escasean; y si se desea hilar más fino se puede restringir el examen a los individuos con baja renta de los pueblos costeros de la provincia de Cádiz y sus pedanías y sus cortijos.

Las naves de la época es otro de los misterios a desvelar, porque se da por sentado que con cuatro barcas se podían trasladar grandes ejércitos al máximo de sus efectivos. Las tropas no van desnudas, necesitan un mínimo de municiones, lo que supone espacio y peso, que aumentan mucho al añadir caballos. Aquí no se pretende negar factibilidades, pues es bien sabido que, en la guerra, no existe la imposibilidad, ni medida de seguridad que no pueda ser vulnerada. Empero, conviene conocer las realidades de la época.

Los expertos en la materia creen que los avances técnicos en la navegación no se introdujeron hasta tardíamente, allá por el siglo X u XI (de lo cual tampoco hay mucho conocimiento fidedigno). Al-Idrisi, ceutí del siglo XII, menciona «los grandes y pesados barcos de transporte»²³. Por lo tanto, los barcos en el siglo VIII eran básicamente los tradicionales. O sea, barquichuelos de poco tonelaje de carga, sin bodega (o con una de poca altura bajo cubierta, porque las naves no eran aún de alto bordo), propulsadas a remo y ayudadas con una vela cuadra. Como en el caso de otras innovaciones, se conocía la vela latina, pero no se aplicó generalizadamente hasta que fue muy necesario su uso. Esa vela se adoptó cuando, impulsado por el crecimiento económico hacia el siglo XII, o algo antes, un alto consumo requirió aprovechar el espacio para cargar más mercancías. Así, el espacio ocupado por los remeros quedó libre, y con la vela latina se logró independizar la maniobrabilidad del buque de la dirección del viento.

²³ Al-Idrīsī: **Descripción de España (Obra del siglo XII)**. Imprenta y litografía del depósito de la guerra, Madrid, 1901.

Antaño, todos los navíos, mercantes y de guerra, tenían remos; hasta un remo especial, en algunas naves dos, hacía de timón, llamado de espadilla; bastantes siglos después se inventó el timón de codaste. En las naves de guerra, los remos eran imprescindibles, ya que no se podía contar con el viento en el punto del combate, para las maniobras en todas direcciones. Por tal motivo, los remos perduraron muchos siglos en los buques de guerra, cuando ya ningún barco mercante, desde hacía siglos, los utilizaba.

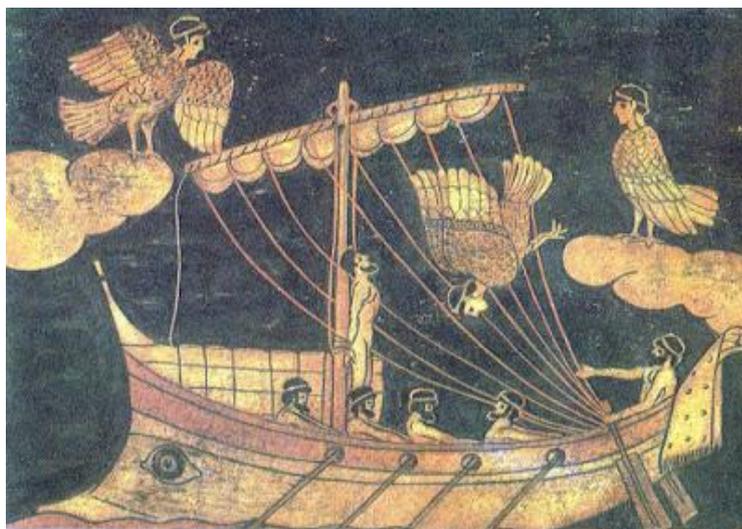


Drakar vikingo con vela cuadra y timón de espadilla

Una idea clara de cómo eran las embarcaciones en las fechas que nos ocupan, nos la ofrece el famoso barco vikingo, típico en los ataques a las ciudades de al-Andalus hacia mediados del siglo IX (unos ciento cincuenta años después de la invasión islámica de la Península Ibérica). Los vikingos, pese a ser feroces, no eran lerdos, y, si seguían usando sus drakar aun habiendo conocido barcos de otros países sin copiar sus patrones, es porque no había mucho que imitar. El estilizado drakar tenía larga eslora y estrecha manga; contaba con una vela cuadra y de 8 a 25 remos por costado. Los vikingos, en sus ataques por sorpresa, iban en 40 o 60 barcos, sumando 800 o más hombres.

Los dibujos en códices del siglo X en adelante presentan dibujos de naves, que, al tener muy poca eslora, aparentan ser, en dicción popular, un cascarón de nuez. No tienen

bodega, y las personas, caballos y mercancía van directamente en el receptáculo. Las naves de aquel entonces eran francamente pequeñas, lo mismo que su capacidad de carga. Téngase en cuenta que, según transmite Las Casas²⁴, a finales del siglo XV, cuando ya tenían bodegas y se podía cargar en ellas bastante peso, en tres carabelas Colón emprendió el viaje hacia lo desconocido con 90 tripulantes en total.



Ulises y el canto de las sirenas (timón de espadilla)



La travesía del Estrecho de Gibraltar siempre ha estado afectada, incluso con buen tiempo, por la corriente marina entrante desde el Atlántico y por unos vientos dominantes de levante o de poniente; a veces hay calma chicha. Es decir, en el siglo VIII, con velas cuadradas, era imprescindible contar con remos para cruzar el Estrecho y vencer las corrientes marinas y aéreas. Los remeros comen espacio y tienen que ir y volver, por lo

²⁴ LAS CASAS, Bartolomé de. **Historia de las Indias**, Vol. 1, Caracas, Ayacucho, 1986.

que el espacio disponible para ser ocupado por soldados y su equipo no podía ser mucho, a lo sumo una docena. Los propios guerreros vikingos eran los remeros, y, quizá con una dotación de relevo, ocupaban casi toda la capacidad del drakar, dejando libre lo necesario para cargar el botín.

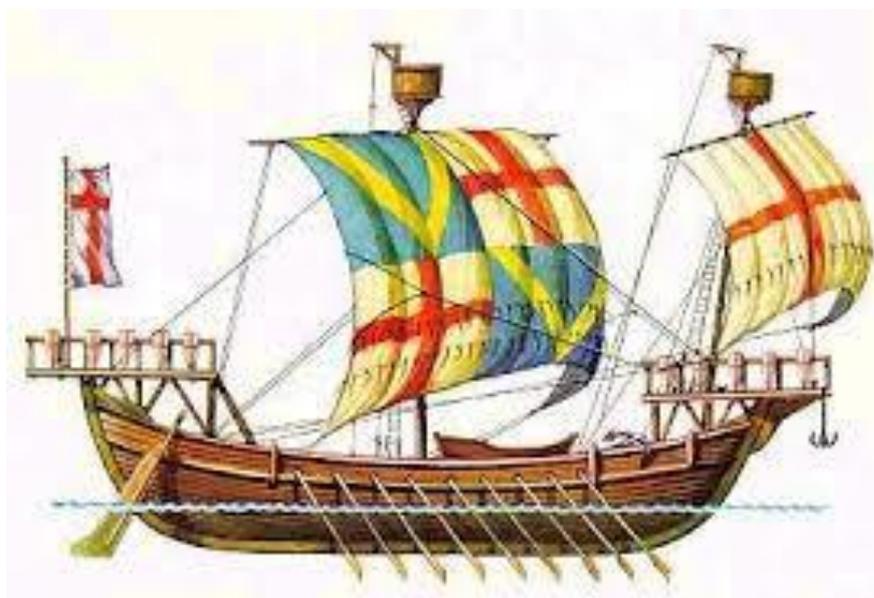


Los puertos facilitan el embarque, porque desde el muelle y con poco oleaje es más fácil extender una pasarela para acceder a bordo. Sin muelle el embarque y el desembarque se complican; y es francamente dificultoso hacerlo en una playa, especialmente para los caballos. Las mareas, como las existentes en el Estrecho de Gibraltar, causan un problema adicional porque la borda no está a la altura del muelle, la pasarela queda en pendiente, y, además, se alarga la distancia a cubrir desde el muelle a la borda cuando la marea esta baja. Las pasarelas conviene llevarlas a bordo, por si en el punto de desembarco no las

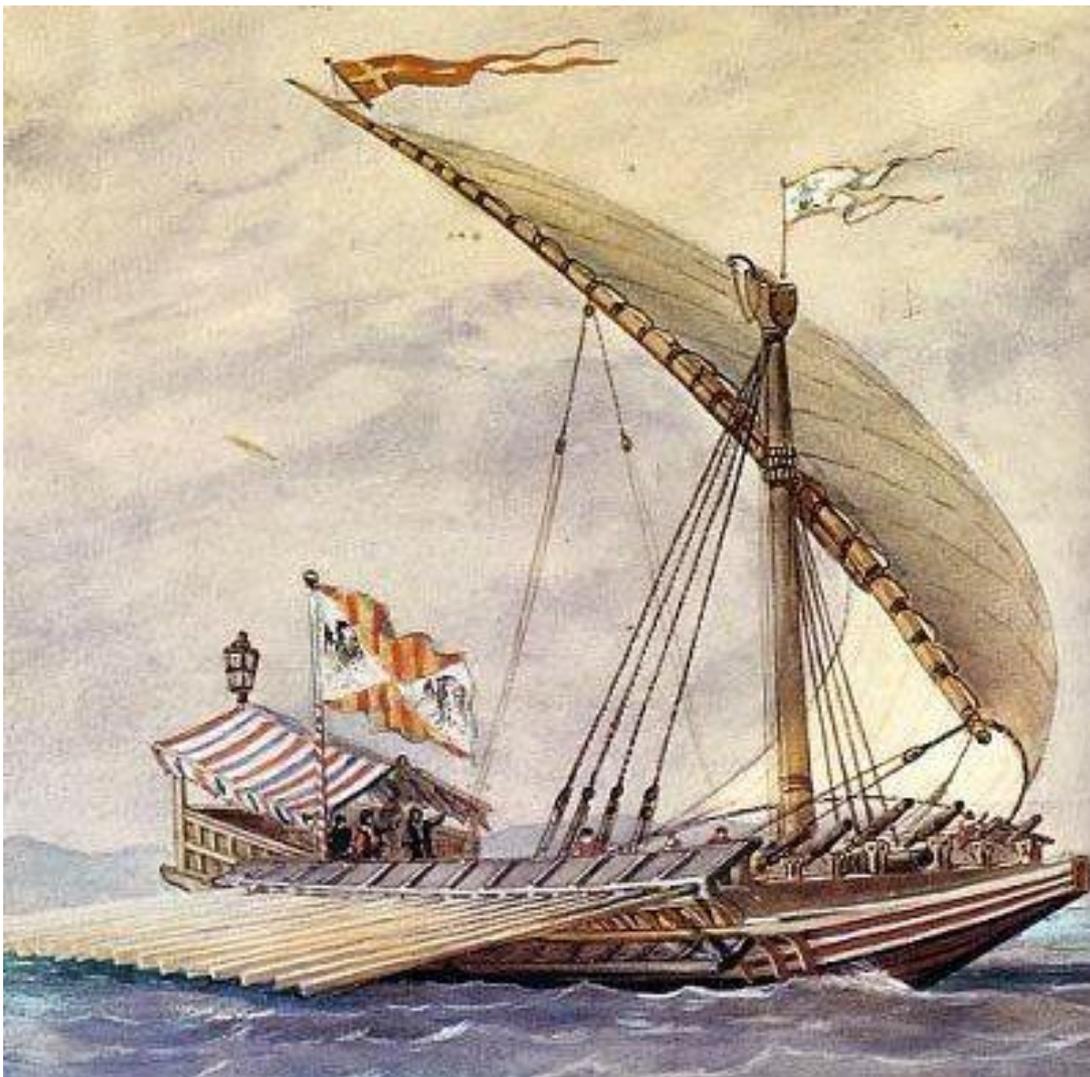
hay, y, para salvar la altura de la borda al fondo de la nave, en el transporte de caballos se requieren dos pasarelas. Algeciras, pese a su ubicación en el mar Mediterráneo, presenta una amplitud de mareas del orden de 0,9 metros (siendo la máxima de 1,6 m, según las fases de la luna); en Tarifa los valores son algo mayores: la máxima amplitud es de 1,8 m, y generalmente se supera el metro.



Nave de guerra lanzando fuego griego



Buque de guerra con velas cuadras, timón de espadilla y castilletes a proa y popa para los combatientes



Buque de guerra con vela latina y cañones

Algunas fabulaciones árabes

Expuestas las anteriores reflexiones es momento adecuado para mostrar algunas de las historietas con las que entretenían los escritores árabes a sus lectores. No se va a ser exhaustivo, solo se mencionarán unas pocas.

El testimonio de ibn al-Qutiyya (hijo del Godo), en su *Tarij Iftitah al-Andalus* (Historia de la conquista de al-Andalus), traducción de Viguera²⁵, es una de las primeras fuentes árabes datadas a finales del siglo X. En esta crónica su autor menciona otras anteriores cuando dice: «Esta noticia, o su mayor parte, está en el libro de ‘Abd al-Malik b. Habib sobre la conquista de al-Andalus y en el “poema en metro rayaz” (uryuza) de Tammam

²⁵ VIGUERA MOLINS, María Jesús. “La conquista de al-Andalus según Ibn al-Qutiyya (siglo X)”, *Aljaranda*, 81, 2011, pp. 8-13,

b. ‘Alqama». En *Alqantir*, 10 se halla algo de lo referido por ibn Habib a mediados del siglo IX narrado por un discípulo suyo.

Puesto que las sociedades islámicas son patrilineales, la mujer no cuenta para transmitir la adscripción a una etnia; por consiguiente los descendientes de Sara la Goda, nieta de Witiza, son árabes de pura estirpe, al haberse casado ésta con uno de ellos, y se sienten muy orgullosos de haber sido un antepasado suyo el héroe (traidor para los cristianos) que propició la conquista árabe de al-Andalus.

El extracto de la crónica de ibn al-Qutiyya es éste:

Witiza dejó tres hijos menores al morir, llamados Olmundo, Ardabasto y Aquila, que quedaron bajo la tutela de su madre. Rodrigo se rebeló y tomó el reino. Cuando entró Taric, en el año 92 (711), Rodrigo los convocó, pues ya eran jóvenes y montaban a caballo [por lo que parece, los adolescentes en aquella época crecían muy deprisa, ¡vamos!: en unos meses]. El ejército se fue congregando en Córdoba y los hijos de Witiza, por no fiarse de Rodrigo, se asentaron en Secunda (en la otra margen, la izquierda, del río Guadalquivir). Rodrigo con su ejército marchó contra Taric. Cuando estuvo frente al enemigo, los hijos de Witiza decidieron abandonar al rey y enviaron mensajeros a Taric para acordar los términos de su ayuda, exigiendo garantías de cumplimiento del pacto, en el que se incluía que se les darían los 3.000 fundos de su padre. El pacto se acordó y los hijos de Witiza se pasaron al bando de Taric, lo que fue «la causa de la victoria».

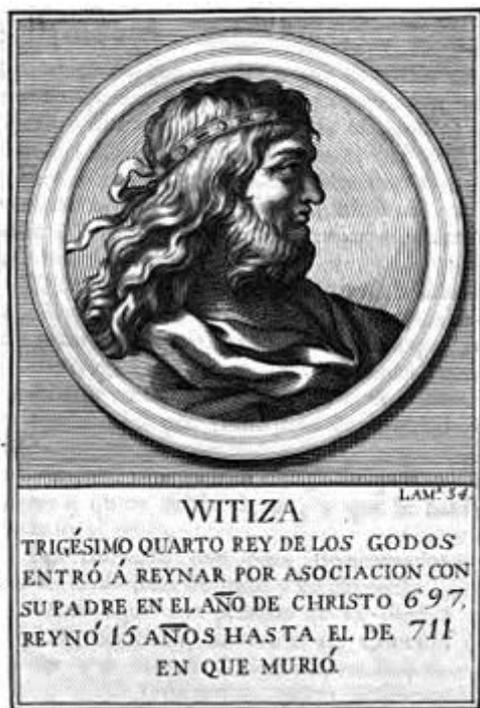
Luego viene una fábula: Cuando los hijos de Witiza llegaron a Taric, le dijeron: “¿eres emir tu mismo o sobre ti hay un emir?”; les dijo: “sí, sobre mí hay un emir y sobre este emir hay un emir”, y les autorizó a encontrarse con Musa b. Nusayr en Ifriqiya para que les consolidara el vínculo suyo con él. Ellos le pidieron que le escribiera [a Musa] sobre el asunto de ellos con él y sobre el compromiso que él [Tariq] les había dado. Así hizo, y ellos con el escrito de Tariq, explicando cómo ellos habían aceptado la sumisión y la condición que con ellos había establecido, fueron a Musa, que encontraron en su marcha hacia al-Andalus. Musa b. Nusayr les dirigió [al califa] al-Walid b. ‘Abd al-Malik, y fueron ante él, que les formalizó el compromiso de Taric b. Ziyad, garantizándoles a cada uno de ellos un acta, y en sus actas estaba: “que no se pondrían de pie ante nadie que entrara a su presencia ni saliera”.

El encuentro de Taric y Rodrigo fue en el *Wadi Laka / Lako* [del distrito] de Sidonia (la traductora cree que se trata del Guadalete, que desemboca en el Puerto de Santa María y está más cerca de Jerez de la Frontera que de Medina Sidonia; igualmente Sánchez-Albornoz lo identificó con el río Guadalete; Lévi-Provençal con el río Barbate; y J. Vallvé con el Guadarranque; se ve que brilla la unanimidad, ...por su ausencia), y Dios procuró la derrota a Rodrigo, cuyas armas le pesaban, y se arrojó al *Wadi Laka*, y ya no se lo encontró.

A continuación se cuenta la fábula de la casa de los cerrojos en Toledo:

[Rodrigo] abrió la casa y el cofre, después de que los cristianos le prohibieron abrirlo, y halló allí figuras de árabes, con sus arcos en bandolera y sus turbantes sobre sus cabezas. En la parte inferior de las maderas estaba escrito: “cuando se abra esta casa y se saquen estas figuras entrará en al-Andalus gente con esa imagen, y la dominarán”.

En esta crónica se refiere que Julián era un comerciante que no profesaba el islamismo. Julián traficaba con caballos de raza y halcones entre la Península Ibérica y el norte de África; y que la población de Tánger era cristiana. Después se relata la violación de la hija de Julián por Rodrigo y el diálogo entre el rey y Julián; el rey la pide caballos y halcones, porque los africanos eran excelentes; Julián, que ya tenía urdida la venganza y pensaba en los guerreros árabes, le responde: “he dejado [allá] caballos y halcones como no se han visto iguales”.



Dinar del califa Abd al-Malik. British Museum

Año 696. Sin turbante: La misma justificación que se encuentre vale para Hispania.

Biblioteca Universidad de Oxford

(¿Murió Witiza pocos meses antes del desembarco y dio tiempo a que Rodrigo cometiera la violación y se urdiera la venganza?)



Una nueva fábula (una auténtica rueda de molino) es la del sueño de Taric durante la travesía del Estrecho; éste se quedó dormido [en unas cinco horas de travesía, viéndose constantemente la orilla opuesta, cuando acometía una aventurada correría y cuando para soñar se requiera haber pasado por la etapa 4ª del sueño y luego por la REM, *Rapid Eye Movement*] y soñó con Mahoma y sus compañeros, todos bien armados, marchando hacia La Meca, y, al pasar junto a él, el Profeta, le decía: «¡adelante en tu asunto!»

Otra fábula es la de hacerse pasar los invasores por caníbales cociendo en ollas la carne de los prisioneros cogidos en Carteia a la vista de los restantes cautivos, que fueron liberados para que difundieran la noticia, y, así, cundiera el pánico entre los aborígenes.

Narra ibn al-Qutiyya que Ardabastro privó a su sobrina Sara de la herencia al morir su padre. Por tal motivo ella acudió al califa en solicitud de desagravio; a tal fin hizo construir un barco en Sevilla en el que embarcó con sus hermanos rumbo a Siria [y eso pese a haber sido desposeída de sus bienes y tener que viajar en cubierta]. En efecto, logró su propósito, y, a instancias del emir, regresó casada con un árabe, que fue el fundador de la dinastía de los banu al-Qutiyya. En ese viaje a Damasco conoció Sara a Abderramán, el que fue primer emir de al-Andalus, en cuyo palacio Sara tenía entrada libre para visitar a la familia del emir [así, Sara se convierte en testigo de cargo para corroborar sin lugar a dudas la procedencia damascena del primer emir de al-Andalus].

El *Ajbar machmuā* del siglo XI²⁶ se considera otra de las fuentes básicas, y de la cual se ofrece un escueto resumen:

En el año 78 (697) el califa al-Walid nombró gobernador de Ifríkiya a Muça ben Nusair. Su general Ṭārīq ben Ziyād luchando contra los berberiscos de la zona occidental conquistó Tánger en 708. Muça ordenó la conquista de las plazas africanas del Estrecho bajo dominio visigodo, del rey de España; pero Ceuta, al mando del infiel Julián, se le resistió pues recibía apoyo desde la Península Ibérica mediante barcos cargados de víveres y tropas [por consiguiente, el territorio de don Julián quedó reducido sólo a Ceuta

²⁶ LAFUENTE Y ALCÁNTARA, Emilio (trad.). *Ajbar machmuâ. Crónica anónima del siglo XI*. Madrid, Imprenta Ribadeneyra, 1867.

y el rey godo tuvo que enterarse de ello y aprovisionar a la plaza]. Tarif se volvió a Tánger, desde donde lanzaba algaras y devastaba la zona. En esto, murió Witiza dejando varios hijos, entre ellos, Obba [Ebas] y Sisberto [Sisebuto; obsérvese que estos nombres no coinciden con los que actualmente son conocidos: Olmundo y Ardabasto; el traductor, Lafuente, apostilla que según ibn al-Qutiya los hijos eran Olmundo, Rómulo y Ardabasto]. Hija de Olmundo fue Sara la Goda, que, para recuperar su herencia, de la que había sido privada por su tío Ardabastro, fue a Damasco a presentarse al califa en queja de su agravio. El califa atendió su petición y mandó que se le reintegraran sus bienes. En esa estancia en Damasco, Sara conoció al príncipe Abderramán, que luego fue el emir omeya de al-Andalus con sede en Córdoba, en cuyo palacio Sara siempre fue muy bien recibida.

Los visigodos no eligieron rey a ninguno de los hijos de Witiza, sino que proclamaron a don Rodrigo. A continuación se narra que este rey violó a Florinda, la hija de don Julián. Enterado éste por su hija, decidió vengarse del rey y don Julián pacto con Muça en noviembre de 709 [pero se estima que Witiza murió en 710, incluso la Crónica mozárabe informa su muerte en 711, y es admitido que fue a su muerte cuando se procedió a la elección de nuevo rey; por tanto, como dice Piles²⁷, «la venganza es anterior al agravio»]. En este pacto Julián ofrecía el sometimiento al dominio sarraceno del territorio que gobernaba, con amplia garantías y ventajosas condiciones para él y sus vasallos, y animando a Muça a afrontar la conquista del reino visigodo.

Muça informó de ello al califa al-Walid, quien le contestó: «Manda a ese país algunos destacamentos que lo exploren y tomen informes exactos, y no expongas a los musulimes a los azares de un mar de revueltas olas» [como si los árabes nunca hubieran hecho antes incursiones navales atravesando el proceloso mar]. Muça contestó que se trataba de un estrecho tan pequeño que se veía la otra orilla. Aun así el califa Al-Walid le dijo: «Aunque así sea, infórmate por medio de exploradores». Envió, pues, á uno de sus libertos, llamado Tarif, y de cognombre Abū Zora, con 400 hombres, entre ellos 100 de caballería, el cual pasó en cuatro barcos y arribó á una isla llamada Isla de Andalus, que era arsenal (de los cristianos) y punto desde el cual zarpaban sus embarcaciones. Esperó á que se le

²⁷ PILES IBARS, Andrés. **Valencia árabe**, Valencia, Imprenta Manuel Lafuente, 1901.

agregasen todos sus compañeros [o sea, nadie defendía el puerto y arsenal]; después se dirigió en algará contra Algeciras e hizo muchos cautivos, como nunca nadie, ni Muça ni sus compañeros, los habían visto semejantes. Recogió mucho botín, y regresó sano y salvo. Esto fue en Ramadán del año 91 (julio de 710).

Visto lo cual, Muça decidió enviar a su general Ṭārīq ben Ziyād en el año 92 (entre el 29 de Octubre de 710 á 18 del mismo mes de 711) con un fuerte ejército, cuyos efectivos eran de 7.000 musulimes bereberes, pues ahí iban poquísimos árabes; le acompañaba Julián con su hueste, que además le hacía de guía. Las tropas pasaron en los mismos cuatro barcos antes citados, yendo y viniendo hasta que toda la fuerza estuvo reunida en un monte muy fuerte situado en la otra orilla del estrecho [el *yebel Ṭārīq*, que es Gibraltar].

El rey visigodo se enteró del desembarco, pero estaba combatiendo en Pamplona, desde donde se dirigió al sur. Mientras, Taric se adueñaba de Algeciras y sus alrededores hasta el lago [la laguna de la Janda]. En esa incursión inicial cautivó a mucha gente, entre ellos «muchos é importantes personajes» [¿éstos no tenían huestes que les defendieran e impidieran el desembarco, cuando es sabido que ese es el momento más vulnerable para los expedicionarios?]. Informado de la venida del rey Rodrigo, Ṭaric solicitó refuerzos, que Muza le envió por cuantía de 5.000 guerreros en numerosos barcos que «desde la partida de Ṭārīk había mandado construir» [como si fuera lo más normal del mundo construir toda una flota en dos o tres meses].

Cuando el ejército de Rodrigo tomó contacto con el enemigo, los hijos de Witiza y los jefes visigodos conferenciaron a espaldas del rey en estos términos: «Este hijo de la mala mujer se ha hecho dueño de nuestro reino sin ser de estirpe real, antes bien, es uno de nuestros inferiores: aquella gente no pretende establecerse en nuestro país, solo desea ganar botín: conseguido esto, se marcharán y nos dejarán. Emprendamos la fuga en el momento de la pelea, y el hijo de la mala mujer será derrotado».

Contaba el ejército de Rodrigo 1000.000 combatientes y mandaban sus alas los hijos de Witiza. Ṭaric esperó al enemigo en el *Wadi Lakka* [se cree que es el lago, o laguna, de la Janda]. La lucha fue encarnizada, muriendo mucha gente de ambas partes; luego las dos alas desertaron, y, aunque el centro resistió, Rodrigo perdió la batalla y él desapareció;

sólo se encontró «su silla de oro, guarnecida de rubíes y esmeraldas, y un manto tejido de oro y bordado de perlas y rubíes» [no se da la fecha de la batalla].

Tras esta victoria, Ṭaric marchó en dirección de Córdoba y en Écija se trabó un nuevo combate, donde los africanos sufrieron numerosas bajas, aunque finalmente se alzaron con la victoria. Destrozada la resistencia visigoda ya no encontraron los berberiscos quien se les opusiera con firmeza.

Otra fuente árabe, algo tardía, de principios del siglo XVII, es la de Al-Maqqari²⁸:

Al-Walid nombró gobernador de Ifríkiya a Muça ben Nusair en el año 88 (707). Su general Ṭārīq ben Ziyād conquistó Tánger a los berberiscos. Prosigue Al-Maqqari la narración igual que la anterior, hasta que Rodrigo fue elegido rey, y, acto seguido cuenta la leyenda de la casa con muchos cerrojos, porque cada rey le ponía uno nuevo. Rodrigo quebró esa costumbre y los descerrajó; en la casa sólo había un pergamino en el interior de una caja con cerradura. En el pergamino se veían dibujados árabes con turbantes, montados en caballos de pura raza arábica y armados con espadas, arcos y banderas en las lanzas; además había una leyenda que decía: «Cuando los cerrojos de esta casa sean rotos, y se abra este arca, y aparezcan las figuras que contiene, los que están pintados en este rollo entrarán en España, la conquistarán y reinarán en ella».

Seguidamente viene la violación de Florinda y el encargo de Rodrigo a Julián: «Cuando vuelvas, procura traerme algunos halcones de los que sueles regalarme, porque son las mejores aves de presa que tengo». Julián le contestó: «Por la fe del Mesías, oh Rey, que si vivo, he de traerte unos halcones como jamás los hayas visto», aludiendo al propósito oculto que tenía de traer los árabes. Una vez en Ceuta viajó para conferenciar con Muça ben Nusair e inducirle a la conquista de España. Muça le exigió un pacto y garantías de su buena fe, para lo que debía demostrar hostilidad hacia sus antiguos correligionarios cristianos mediante una correría contra ellos.

Julián cumplió lo acordado a finales del año 90 (709), cruzando a la región de Algeciras con su hueste en dos barcos [y si fue en una sola oleada poca gente pudo pasar]; hizo una

²⁸ AL-MAQQARI. “Conquista de España por los árabes”. In *Ajbar Machmua. Crónica anónima del siglo XI*. Emilio Lafuente y Alcántara (trad.). Madrid: Rivadeneyra, 1867, pp. 171-193

algara y regresó con cautivos y botín. De esta forma se ganó la confianza de Muça, que escribió al califa solicitando autorización para ir a España... (sigue igual que en crónicas anteriores). Muça envió primero a Ṭarif con 400 infantes y 100 jinetes [ya hay 100 más], que hicieron la travesía en cuatro barcos a una isla que está enfrente de la isla de Andalus, llamada la isla Verde [aparece esta isla, cuyo nombre se da en otros sitios a Algeciras], la cual es arsenal y punto de partida de sus navíos, y aquella se llama ahora Ṭarif (Tarifa). Ahí permaneció unos días hasta que se le reunió el resto de la fuerza; luego se dirigió con ella a Algeciras en el Ramadán de 91 (julio de 710), donde cogió muchas riquezas y algunos cautivos, tan hermosos como ni Muça ni sus compañeros jamás los habían visto.

Luego prosigue todo igual como en otras crónicas, con lo de Ṭārīq y su ejército de 7.000 hombres y los 4 barcos desembarcando en Gibraltar en sucesivas idas y venidas en el mes de agosto de 92 (711), aunque hay quien dice que fue en abril de 711 y que pasaron 12.000 en barcos mercantes de Julián para encubrir la invasión guerrera [si la zona estaba medio deshabitada y desprotegida no había nada que encubrir, y si los barcos iban con inusitada frecuencia a un peñón donde no había nada no se podía justificar el comercio].

Ṭaric pasó en la última oleada y durmiéndose tuvo un sueño: vio a Mahoma pasando a pie sobre las aguas y exhortándole a seguir hasta lograr la victoria. Reunida toda la fuerza Ṭaric fue a Algeciras donde aprisionó a una vieja y se cuenta su fábula: el adivino de su marido había predicho que un emir con cabeza grande y un lunar provisto de un pelo en el omóplato se apoderaría de esta tierra. Y, precisamente, esa descripción coincidía con Taric.

Rodrigo, que estaba en Pamplona, se enteró de la correría extranjera, y, para atajarla, se dirigió con su ejército a Córdoba. Aprovecha el autor para narrar la fábula del señor del castillo de Almodóvar y su halcón y el descubrimiento entre la maleza del alcázar derruido, que mandó reconstruir y pasó a ser la residencia regia. Rodrigo esperó en Córdoba hasta que se le unieron todos los hombres de armas disponibles del reino; pudo completar unos efectivos de 100.000 guerreros. Luego marchó a la comarca de Medina Sidonia a buscar al enemigo. En el relato se hace un inciso para explicar [siguiendo en parte a ibn al-Qutiyya] que Witiza al morir dejó tres hijos pequeños bajo la tutela de su madre que administraba el reino desde Toledo, hasta que Rodrigo se rebeló con otros

señores y se hizo con el poder real. Por eso los hijos de Witiza, ya crecidos cuando acaeció la invasión, no se fiaban de Rodrigo, y, al acudir a Córdoba al llamamiento de guerra, se instalaron en el arrabal de Secunda, al otro lado del Guadalquivir; donde se confabularon contra del rey.

Ṭaric pidió refuerzos y Muça le envió 5.000 soldados más; aparte estaba Julián con su hueste, que de paso servía de guía e informador de la zona. También se dice que Muça ya había construido muchos barcos. Luego se narra lo de las habladurías de los jefes godos contra Rodrigo, que era hijo de mala madre (prostituta), etc., y concertándose para desertar. Se añade que los hijos de Witiza, por ser Rodrigo el causante de la muerte de su padre y de la usurpación del trono, acordaron con Ṭaric la defección a cambio de la entrega de las 3.000 fincas del peculio personal de su padre y garantía de seguridad. En efecto, se produjo la deserción, y ésta fue la principal causa de la victoria de los alógenos. El encuentro tuvo lugar en el río Guadalete en la comarca de Sidonia. El rey Rodrigo desapareció en el río hundiéndose por el peso de sus armas. La batalla ocurrió a finales del mes de ramadán del año 92 (julio de 711).

Otra fábula narrada es la del explorador visigodo que regresa informando que los que vienen son como los dibujados en el pergamino de la casa de los cerrojos y que venían muy decididos a quedarse en el país, puesto que habían quemado sus naves para no poder regresar [¡Vamos, que quemaron la flota que Muça había mandado construir!]. A continuación se dice que se combatió en el lago hasta que las dos alas del ejército godo abandonaron el campo con lo que el centro ya no pudo resistir mucho tiempo. De Rodrigo solo se halló su caballo tordo [en algunos sitios se da el nombre del caballo] con «una silla de oro recamada de rubíes y esmeraldas»; y «también uno de sus botines, que era de oro, ornado de perlas y rubíes». Se añade que «Cuenta Ar-Razi que el encuentro fue el domingo, restando dos noches de Ramadhan, y duró el combate hasta el domingo 5 de Xawél (19-26 de Julio), que son ocho días completos. El botín capturado fue inmenso; conocida la noticia en el norte de África, iba multitud de gente a unirse a Ṭaric, cruzando el estrecho «en cuantos barcos y lanchas pudieron proporcionarse» [ahora resulta que había barcos y lanchas para hacer la travesía].

Conclusión

Cuando el río suena, agua lleva. Es decir, algo pasó en el reino visigodo en los primeros años del siglo VIII. Pero no se sabe qué, en concreto.

Parece haber unanimidad en que contingentes bereberes entraron de los primeros. Esto aparenta ser un hecho, aunque se ignoran las causas de la incursión y cómo fue posible. Más tarde emerge un árabe, Muza, poniéndose las medallas, porque las incursiones iniciales estaban mandadas por un liberto, su cliente, actuando en su nombre.

Esto último y todo lo demás son meras especulaciones: científicamente no hay nada que corrobore las narraciones, ni siquiera lo del *Wadi Lakka*; ni lo de la Isla Verde, que hay varias y a saber si eran verdes; ni en las fechas hay coincidencias. Las historietas no son ciencia, máxime cuando el cuentista se descredita a sí mismo con dichos increíbles o el copista introduce alteraciones (ni una crónica conservada es la original). Además todas las crónicas tienen su carga ideológica, lo que merma la imparcialidad, y, suscribimos lo que dice González Ferrín²⁹: quien las cree a pies juntillas es mal analista.

²⁹ GONZÁLEZ FERRÍN, Emilio. “La encrucijada del Islam (y de la Islamología)”. *Erebea, Revista de Humanidades y Ciencias Sociales*, Núm. 5, 2015, pp. 71-88.